

GALDÓS Y LA SÁTIRA LINGÜÍSTICA

ISABEL ROMÁN

*Departamento de Filología Española
Facultad de Filosofía y Letras de Cáceres*

Actualmente, ningún crítico negaría la fina sensibilidad lingüística de Galdós ante el registro de la lengua oral de sus contemporáneos. Quedan lejos las épocas en que un rasgo que ahora nos entusiasma (la transcripción del lenguaje coloquial, con sus manierismos, sus tópicos, su riqueza y su pobreza) fuera causa de menosprecio en cuanto al estilo.

Según S. Gilman, Galdós habría dispuesto de variados argumentos para defender su supuesta falta de estilo: podría decir, como Dickens y Mark Twain, Stendhal y Flaubert, que

«el resurgir de la novela como vehículo de la conversación corriente puede entenderse en parte como una reacción contra la retórica política contemporánea»,

o que su reacción apunta hacia

la empalagosa estilización oratoria a que había estado constantemente sometido el hombre del siglo XIX»¹.

Como afirma S. Beser, la novela realista española se vio

obligada a crear su propio lenguaje, lenguaje que ha de romper con la retórica oratoria que le rodea; milagro nos parece ahora que la prosa de Castelar y la de Galdós se den en un mismo país y época»².

Galdós se enfrentó con el problema que, de forma teórica, enunciaba Clarín en su famoso artículo *Del estilo en la novela*, publicado en *Arte y Letras*, de Barcelona, en 1882:

¹ S. GILMAN, *Galdós y el arte de la novela europea (1867-1887)*, Madrid, Taurus, 1985, págs. 239-240.

² S. BESER, *Leopoldo Alas, crítico literario*, Madrid, Gredos, 1968, págs. 292-293. Asimismo, véase al respecto, ROGER L. UTT, *Textos y contextos de Clarín*, Madrid, Istmo, 1988, páginas 136-144.

«El lenguaje moderno de la literatura española lo han hecho los oradores políticos, los académicos, los periodistas y los poetas gárrulos. Predomina en las formas una sensualidad aparatosa, una hinchazón que no basta a vencer el más puro intento de sencillez y naturalidad, y es punto menos que imposible escribir de ciertas recónditas materias con el lenguaje esquinado, duro, de relumbrón que nos dan hecho...»

Dos son en especial los ámbitos proclives a la corrupción lingüística sobre la que reflexionaron Clarín y Galdós: la *Oratoria* y el *Periodismo*. El objetivo de nuestro trabajo es precisamente mostrar con qué contundencia satiriza Galdós el vicio de imitar estos registros por parte de sus contemporáneos.

Es frecuente analizar estos aspectos en Clarín, desde la Tesis de William E. Bull³, en la que éste advertía

«el estado de constante inquietud por el futuro de las letras españolas»

en que se halló siempre Alas, a causa de

«la cantidad de periódicos y revistas que surgían como hongos, la consecuente e inevitable proliferación de malos escritos periodísticos, y la complacencia de un público inculto en aceptar tales ofrendas...».

Por otra parte, es ya un clásico el precioso estudio de C. Clavería, «Flaubert y La Regenta», donde el autor resalta cómo Clarín fustiga la conversación burguesa en la que se dan cita los tópicos del lenguaje de la época, la «bêtise humaine» que tanto aborreció Flaubert, y que en tantas ocasiones tendría su origen en la Prensa⁴.

Cualquier lector de Clarín puede recordar este caso de parodia de un estilo ininteligible por sus circunloquios, correspondiente al periódico local de Vetusta:

«Los conceptos estaban envueltos en tales eufemismos, pretericiones y circunloquios, y tan se quebraban de sutiles, que el viejo se quedaba siempre a buenas noches (...) Una noche despertó a su esposa el lector de fondos diciendo:

—Oye, Paca, ¿sabes que no puedo dormir?... A ver si tú entiendes esto que he leído hoy en el periódico. “No deja de dejar de parecernos reprehensible...” ¿Lo entiendes tú, Paca? ¿Es que les parece reprehensible o que no? Hasta que no lo resuelva no puedo dormir»⁵.

³ W. BULL, *Clarín: An Analytical Study of a Literary Critic*, cit. en FRANCES WEBER, «Ideología y parodia religiosa en *La Regenta*», en *Clarín y La Regenta*, ed. S. Beser, Barcelona, Ariel, 1982, pág. 101.

⁴ Recogido, entre otros lugares, en *Clarín y la Regenta*, cit., págs. 163-185.

⁵ Nos referiremos a la edición de la novela en dos volúmenes, en Cátedra, 1984. La cita corresponde a la pág. 316, vol. I.

Como vemos, el sarcástico narrador de *La Regenta* se ha ocupado de introducir una explícita reflexión metalingüística. Otras veces, sin embargo, se limita a subrayar la expresión sobre la cual debe detenerse el lector. Numerosas expresiones aparecerán resaltadas tipográficamente en bastardillas, procedimiento compartido por Galdós y que por sí solo sirve para introducir la función metalingüística en el texto⁶.

La Regenta, como dice G. Gullón, es un «discurso reflexivo» o un «texto vuelto sobre sí mismo», ya que al valor funcional de los términos para la narración de unos hechos, subyace otro mensaje del autor: la crítica lingüística de los modos expresivos que subraya, en una operación de continuo cuestionamiento del lenguaje⁷.

Esta persistente operación metalingüística es particularmente llamativa en Galdós, y por ello extraña la escasa atención que suele merecer.

En nuestra opinión, no se ha puesto aún el suficiente énfasis en cómo Galdós comparte con los autores citados la fobia ante las formas grandilocuentes y pomposas potenciadas por la oratoria, tanto política como religiosa, y por los usos periodísticos.

Galdós es contrario a cualquier modo de amplificación retórica en la conversación. El registro oral, a su juicio, debe ser inteligible, sin redundancias ociosas.

Muchos de sus personajes pedantes tendrán en común el expresarse en ampulosas cláusulas trimembres, a menudo compuestas por sinónimos, al modo de la difundida retórica parlamentaria. Es el caso del cursi Aguado en *Realidad*:

«... (Con énfasis.) Esto indigna, esto subleva, esto abochorna» (pág. 1224).

Galdós es muy explícito al denunciar el origen de este modo sistemático de expresión. Así, en *La de Bringas*, aclara las fuentes del lenguaje de Pez:

«Su lenguaje habíase adaptado al estilo político creado entre nosotros por la Prensa y la tribuna. Nutrido aquel ingenio de las propias fuentes de la amplificación, no acertaba a expresar ningún concepto en términos justos y precisos, sino que los daba siempre por triplicado (...) Va de ejemplo: Al punto a que han llegado las cosas, amigo don Francisco, es imposible, es muy difícil, es arriesgadísimo, aventurar juicio alguno...» (pág. 147).

Y en la novela, el narrador testigo, dotado de especial sensibilidad lingüística, se «contamina» jocosamente del estilo de Pez al transmitir en estilo indirecto libre:

«Bien había dicho él, bien había anunciado, bien había pronosticado y vaticinado lo que estaba pasando» (pág. 220).

⁶ Vid. KATHERINE REISS, «Valoración artística de las narraciones breves de Leopoldo Alas *Clarín*, desde los puntos de vista estético, técnico y temático», Oviedo, *Archivum*, v, fasc. 1, enero-abril 1955. En págs. 95-97 la autora llama la atención sobre el empleo frecuente de la letra bastardilla en casos de «incorrecciones fonéticas o sintácticas, de galicismos y frases hechas, de tópicos y citas, de palabras extranjeras y dialectales, de reticencias y palabras creadas por un personaje de la narración», y propone ejemplos semejantes a los que pueden hallarse en la obra de Galdós, subrayados por el mismo procedimiento.

⁷ G. GULLÓN, *La novela como acto imaginativo*, Madrid, Taurus, 1983, págs. 143-147.

Galdós nos está ofreciendo un inapreciable testimonio de usos lingüísticos tal vez frecuentes entre los particulares de su época, obsesionados por imitar los estilemas oratorios.

El siguiente fragmento que vamos a leer no corresponde ya a la perorata de un personaje galdosiano, sino a un discurso auténtico de Ríos Rosas. Estilos semejantes a éste serán objeto de la burla de Galdós, quien se sirve de un amplio censo de personajes que lo imitan, como reflejo de lo que podemos suponer que fue una situación de degeneración sociolingüística coetánea, tal como intuía S. Gilman.

«Los gobiernos que pierden su autoridad moral, los gobiernos que se empequeñecen, que se desacreditan, esos gobiernos no pueden gobernar, no saben gobernar (...) Esas calificaciones sobre ser amargas, sobre no ser prudentes, son injustas, son inicuas, nacen de un falso criterio, son de todo punto gratuitas, carecen absolutamente de fundamento y son falsas (...) La cuestión está agotada, la cuestión está juzgada, la cuestión está resuelta. Sin embargo, señores, a pesar de hallarse la cuestión en este estado, a pesar de estar agotada, a pesar de estar terminada, todavía no ha sido completamente tratada en su integridad, todavía podrá llegar un caso en que su integridad sea tratada»⁸.

Discursos como el anterior, abundantemente transcritos y glosados por la prensa, se convierten en el modelo expresivo de numerosos «oradores domésticos», que aplican el vacío molde retórico hasta para las materias más insignificantes.

No nos extraña, pues, el hecho de que el orador aficionado, de tertulia o de café, se convierta en un *tipo* de extraordinaria frecuencia en la obra galdosiana. El *Diario de Sesiones* parece ser el molde del lenguaje pretencioso de tantos necios, como críticamente comenta *El amigo Manso* a propósito de don Manuel María Pez:

«Era la oratoria de este señor acabado ejemplo del género ampuloso, hueco y vacío, formado de pleonasmos y amplificaciones, revestido de hojarasca y matizado de pedacitos de talco, oratoria que sirve a las nulidades para hacer un breve papel parlamentario (...) Para descubrir una idea del señor Pez era preciso demoler a pico un paredón de palabras, y aún así no había seguridad de encontrar cosa de provecho. Decía así:

“Es ciertamente laudable, es altamente consolador, es en sumo grado lisonjero para nuestra edad, para nuestro tiempo, para nuestra generación, que tantas personas eminentes, que tantos varones ilustres en las artes y en las letras, que tantas glorias de la Patria, en uno y otro ramo del saber, se presten, se ofrezcan, se brinden a...”»

Máximo interrumpe aquí, para mayor incongruencia, la palabrería del charlatán pero a cambio nos ofrece su percepción de los gestos y la dicción,

⁸ Recogido en M.^a CRUZ SEOANE, *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Madrid, Castalia, 1977.

reconstruyendo la pragmática de la oratoria, como tantas veces hará Galdós:

«Todos estos miembros del discurso iban perfectamente espaciados con enfáticas pausas, entre graves compases, con cadencia pomposa y campanuda que fatigaba como las manos de un batán» (págs. 1247-48).

El personaje que pretende ser apreciado en sociedad adquiere progresivamente el vicio de la expresión redundante y tautológica. En el caso de Torquemada, a cuyo aprendizaje lingüístico aludiremos luego, el personaje considera elegante estas fórmulas, de las que el narrador hará burla:

«Verdad que, en el caso de aquel día, él tuvo la culpa ... llamándolas pobres porfiadas en la propia *fisonomía del rostro* de la mayor de ellas» (*Torquemada en la Cruz*, pág. 1374).

Y en otro momento,

«—Lo sé por experiencia propia de mí mismo, agregó el orador, abusando lastimosamente del pleonasma» (*Torquemada en la Cruz*, pág. 1389).

Galdós percibe agudamente las consecuencias nocivas que los manierismos de la prensa ocasionan en la creatividad lingüística de los particulares. Estos manierismos serían cultivados en expansivo círculo vicioso por espontáneos sin la menor preparación, como Melchor de Relimpio, jovenzuelo con estudios de Derecho, al que le es suficiente pertrecharse con lugares comunes del momento, según nos dice el narrador:

«No tenía amor al estudio, porque oía decir constantemente que el estudio de poco aprovecha. Pero el roce con muchachos listos le había suministrado un mediano caudal de frases hechas y de ideas de repertorio ... Disputaba sobre política, y aun metió su cuarto a espadas en ella, escribiendo en algún periodiquejo» (*La desheredada*, pág. 1041).

La prensa es acuñadora de fórmulas de denominación, de perífrasis ennobecedoras, que sus lectores memorizarán con entusiasmo con el fin de reproducirlas en la conversación. La prensa fosiliza su mensaje en fórmulas sentenciosas, repetibles.

A veces es sólo el carácter rotundo de la expresión, su campaneo, no su contenido, lo que entusiasma al lector. En *Napoleón en Chamartín* dice don Roque:

«Aquí tengo yo el *Semanario Patriótico* (...) Desde que en el primer número vi aquello de "la opinión pública es mucho más fuerte que la

autoridad malquista y los ejércitos armados”, les digo a ustedes francamente que el tal papelito me enamoró (...) ¿Pues y dónde me dejan ustedes aquello de los derechos “esenciales, sagrados e imprescriptibles?”» (páginas 553-554)

Este personaje, como tantos, será capaz de recitar de memoria fragmentos de su periódico favorito, embobados su inteligencia y raciocinio con los clichés.

Las mismas expresiones que M.^a Cruz Seoane ha estudiado como «palabras o expresiones clave» en la oratoria política desde las Cortes de Cádiz, son las que los personajes repetirán, ya como tópicos pomposos merecedores de la burla de Galdós. Así, la fórmula

«los derechos del hombre naturales y por lo tanto sagrados, inherentes, inalienables e imprescindibles...»⁹.

No es que el autor satirice el contenido de tales expresiones, sino la devaluación de las mismas al convertirse en fórmula del repertorio que tantos personajes pomposos acumulan con el fin de deslumbrar en la conversación.

En el caso de las siguientes perifrasis denominadoras, Galdós ridiculiza estos formulismos, así como la atención del público a su supuesto refinamiento. Están hablando doña Leandra y su amiga, más cortesana, doña Cris-teta, pero previamente el narrador ha calificado de «demencia ñoña» el uso de expresiones como las que van a comentar:

«la Inglaterra ... a quien dan el mote de *la pérfida Albión*.

—He oído ese mote y otros: a la Francia la llaman la *Monarquía de Julio*. Pártame un rayo si lo entiendo.

—Son maneras de decir de los periodistas. Hay que fijarse mucho para estar al tanto de las muletillas que ahora se usan para nombrar las cosas» (*Bodas Reales*, págs. 1028 y 1039).

El periodismo pone también de moda diversos bordoncillos, en su mayoría tomados de la oratoria parlamentaria. En ocasiones, los personajes con pujos de snobismo se sirven de ellas, y en otros casos, alguna figura tan jocosa como su autor ante estos clichés, los comenta o los usa de modo conscientemente paródico. Así, dice la inteligente Pilar de Loaysa:

«No puedo resistir los artículos que llaman serios, escritos por jóvenes ilustrados ... Han tomado ahora la muletilla del *espíritu del siglo*, y a todo sacan el argumento espirituoso (...) No en vano dice Martínez de la Rosa, en las tertulias a que asiste, que vivimos *en el caos*, y propone como único remedio que traigamos, aunque sea embotellado, *el espíritu del siglo*. Que lo traigan, y en barricadas *el justo medio*» (*De Oñate a La Granja*, páginas 240-241).

⁹ M. C. SEOANE, *op. cit.*, págs. 81-82.

El personaje que así ironiza sobre estas expresiones será muy distinto del usuario pedante, sin ideas propias, que organiza su discurso mezclando fórmulas consideradas de buen tono, atrapadas compulsivamente en fuentes diversas. A este segundo grupo pertenecería un personaje que se expresa así:

«—A mí no me hable usted de gente *levítica* —dijo recalcando esta palabra, que recientemente había adquirido en la tertulia de la botica de Cornejo—. Tengo declarada la guerra a esas ideas rancias, tan contrarias al *espíritu del siglo*» (*La campaña del Maestrazgo*, pág. 498).

En los casos que comentamos, sabemos que, en efecto, muchas expresiones fueron puestas en circulación por Martínez de la Rosa, gran acuñador de fórmulas en el trienio liberal. Suyas son las rotundas frases *Defendiendo al gobierno se defiende la libertad*, *Sólo la observancia rigurosa de la ley produce la verdadera libertad*, etc., así como la expresión *el justo medio* (entre el despotismo y la anarquía), tomada de la doctrina política de Luis Felipe en Francia, y que luego los particulares aplicarían a todo tipo de cuestiones ajenas a la política¹⁰.

Como sabemos, el trasfondo histórico de la producción galdosiana abarca casi todo un siglo. Sin embargo, su sátira lingüística permanece invariable, orientada siempre a censurar los lugares comunes, y los tópicos de supuesta elegancia que circularon en esas décadas.

Por ejemplo, mediante el registro, en estilo indirecto libre, de las peroratas de don José del Milagro, conoceremos fórmulas denominadoras, metáforas y modos de adjetivar de la época de regencia de Espartero, puestas en cuestión por Galdós con el simple procedimiento del subrayado:

«... llamándole libertador, pacificador y *apóstol de todos los adelantos* (...) ¿No le debía España el completo exterminio de *las hordas de la reacción?*... ¿Para qué nos servía esa Reina (...) cuya linda mano movía el *timón de la nave* como si éste fuera el abanico?... [España necesitaba un Regente] Que viniera pronto y colocara en sus puestos a los *funcionarios probos...*» (*Montes de Oca*, pág. 796).

Los políticos, junto a los periodistas, como dijimos, vienen a ser los primeros interesados en proveer de fórmulas a la opinión pública. Se trata de grabar en el inconsciente «una idea», sin permitir que la propia inteligencia se detenga a reflexionar y matizar. Muy expresivo, al tiempo que escéptico, se mostraba Galdós ya en *El audaz*, al esbozar con finura el objetivo de Muriel como orador popular. Martín, con su elocuencia, se esfuerza en *infundir una idea a aquella muchedumbre irreflexiva* (pág. 382). Por desgracia, «una» no es aquí artículo, sino numeral. ¡Cuántos personajes de Galdós encontramos que, en efecto, no tendrán sino una sola idea, a menudo «idea recibida», puro tópico!

¹⁰ M. C. SEOANE, *op. cit.*, págs. 116 y 248-249.

La idea, según las épocas, puede ser una fórmula política, que conduce al fanatismo de cualquier signo, una idea religiosa, etc. Pero también la carencia de pensamientos puede encubrirse con la yuxtaposición de lugares comunes, y, aún peor, el lenguaje puede usarse arteralmente para impedir el raciocinio del interlocutor.

Con diferentes modalidades, existe un tipo humano al que pertenecería don José Bailón, por ejemplo, según se deduce de la fórmula generalizadora

«... era *de los que* con cuatro ideas y pocas más palabras se las componen para aparentar que saben lo que ignoran y deslumbrar a los ignorantes sin malicia» (*Torquemada en la hoguera*, pág. 1345).

En el caso siguiente, recoge el narrador una supuesta frase de Narváez, que glosa con dureza:

«“Lo primero es el orden, lo primero es *hacer país...*”. Esta frase ha quedado desde entonces como una formulilla en los amanerados entendimientos» (*Bodas Reales*, pág. 1023).

Ésta es la alerta de Galdós ante el peligro de los pensamientos formularios y su capacidad de enquistarse «en los amanerados entendimientos» y anular la creatividad del pensamiento y, en consecuencia, del lenguaje.

Manolo Infante, en *La incógnita*, a pesar de su cargo de diputado, tiene el talento de distanciarse de las expresiones profesionales comunes, de las que considera vacías fórmulas o clichés contemporáneos, como las frecuentes imágenes arquitectónicas del tipo *El grandioso edificio de la leyes*, *El templo de la felicidad social*, etc., de origen posiblemente masónico¹¹.

«Me propongo *minar los cimientos sociales*, como se dice en lenguaje ministerial. Es que estoy furioso; necesito vengarme. ¿De quién?, de los *grandes principios...* que mala sarna se los coma (...) Como dique aquel amigo nuestro que escribe artículos sobre las relaciones de la Iglesia con el Estado, *nos encontramos frente a uno de los problemas más intrincados de la época presente*» (págs. 1161 y 1174).

Numerosísimos son los personajes que, por estar a la moda o por encubrir la falta de ideas propias, componen su discurso mediante una mezcla de clichés, fórmulas en uso y locuciones que en toda época han sido útiles para el hablar redundante.

A veces conocemos un modo de adjetivar ya fosilizado que a Galdós le parece intolerable, como en

«*Si buenas dosis de acíbar tragó Cánovas por las imposiciones del elemento retrógrado y oscurantista*, como diría Ido (...)» (*Cánovas*, pág. 568).

¹¹ M. C. SEOANE, *El primer lenguaje constitucional español*, Madrid, Moneda y Crédito, 1969, págs. 153-154.

Ido del Sagrario, uno de los personajes recurrentes en episodios y novelas, parece convertirse en ocasiones en pura caricatura lingüística, al acumularse en su palabra los vicios que, en forma dispersa, el autor viene satirizando en toda su producción. Por ejemplo, la sintaxis reduplicadora, las cláusulas tri-miembros, ciertas metáforas manidas procedentes de la prensa...:

«Los males que afligen a España se reducen a uno solo, es a saber que todo lo que sufrimos sería poca cosa, si no padeciésemos ese cáncer, esa peste, ese cólera morbo que llamamos indisciplina militar. Yo me horripilo» (*La primera República*, pág. 386).

Galdós muestra también sus particulares fobias ante usos concretos que le parecen pedantes, como es ese «horripilarse», que una y otra vez encontramos emitido, como en *El Audaz*:

«—Pero, ¿ves qué iniquidad? (...) No quiero pensarlo, me horripilo toda» (pág. 352),

o en *Cádiz*,

«Antes del Rosario nos explicaba el señor Ostolaza lo que entienden ellos por *la Soberanía de la nación*, y nos hemos horripilado. ¿Verdad, niñas?» (pág. 872).

El autor se divierte llegando a la caricatura de estos personajes con ínfulas de elegancia, que sustituyen en conversación los términos propios del registro oral por sinónimos inoportunos en el contexto. Es el caso del pedante Zárate, que con intención de deslumbrar al nuevo burgués, lo somete a un bombardeo de términos cultos:

«¿Está la paciente en el primer período? Y el vástago, ¿se presenta por el vértice o por la pelvis (...) rara vez, señor don Francisco, se verifica una buena parturición sin auxilio de mujeres prácticas, vulgo comadronas, que en Grecia se llamaban *omfalotomis*, fíjese usted, y en Roma, *obstetrices*» (*Torquemada en el Purgatorio*, pág. 1511).

En esta situación, un personaje intenta deslumbrar y dominar a otro mediante la palabra pseudo culta, cuyo registro sabe que el interlocutor no domina. A veces, situaciones orales que aparentan ser una conversación, no son tal cosa, sino un combate mediante la pedantería. No importa el mensaje para la comunicación recíproca, se trata de una guerra en la que las expresiones altisonantes son las armas. No se busca el progreso y la lógica de un diálogo, sino el hallazgo desesperado de «la frase» culta o chispeante, que hay que ensartar como se pueda, fuera de contexto.

Galdós se sirve a menudo de un procedimiento plenamente ridiculizador: hallaremos las fórmulas no insertas en conversación que transcurra ante nuestros ojos de lectores, sino en toda su virtualidad pedante, citadas como en burlesco inventario por un observador distante y cáustico, que no reconstruye un contexto que las dote de aceptabilidad. Un caso ejemplar de este procedimiento lo encontramos en *Fortunata y Jacinta*, donde nos sirve de intermediario Jacinto Villalonga, aunque debemos señalar cuántos personajes hay que, como él, se ocupan de transmitirnos en toda su vaciedad los repertorios de otros:

«Villalonga, que era observador muy picaresco, aseguraba haber descubierto entre Aparisi y Casa-Muñoz un antagonismo o competencia en la emisión de palabras escogidas. Se desafiaban a cuál hablaba más por lo fino, y si el marqués daba muchas vueltas al *involucrar*, al *ad hoc*, al *sui generis* y otros términos latinos, en seguida se veía al otro poniendo en prensa el cerebro para obtener frases tan selectas como *la concatenación de las ideas*. A veces parecía triunfante Aparisi, diciendo que tal o cual cosa era *el bello ideal* de los pueblos; pero Casa-Muñoz tomaba arranque, y diciendo *el desideratum*, hacía polvo a su contrario».

En otro lugar hemos resaltado la filiación barroca, y más concretamente, quevedesca, de la actitud y los métodos más eficaces de Galdós en cuanto a la sátira lingüística. En honor a Quevedo, y de forma provisional, llamábamos a los procedimientos:

1) *El «disparatario»*, o repertorio de fórmulas de las que se sirve un personaje. En estos casos se hallan enumeradas o referidas, fuera de contexto, por el narrador o bien por otro personaje de especial sensibilidad ante el uso de clichés. El narrador, con gran malicia, puede sustituir la transcripción directa de un diálogo por la captación fragmentada del mismo, incluyendo sólo las fórmulas tópicas e insustanciales con las que cada impersonal perorante intenta hacerse oír. Un caso paradigmático lo encontramos en *El Doctor Centeno*:

«Hubo mucho de “Pues yo sostengo que hoy por hoy...” y aquello de “Dígame lo que se quiera, la verdad es...”. Oyóse más de una vez el “Porque yo soy muy lógico...”, y no faltó el “Yo tengo muy estudiada la cuestión...”» (pág. 1322).

El mayor número de ejemplos se hallan en el ciclo de las cuatro novelas dedicadas a Torquemada, cumbre de la reflexión metalingüística en la obra de Galdós. Las novelas de Torquemada tienen como tema preferente la transformación de un usurero en prototipo de la nueva burguesía capitalista, transformación vinculada inevitablemente a un convenido refinamiento lingüístico. Para ser admitido en los círculos de buen tono, don Francisco tiene que someterse a un peculiar aprendizaje lingüístico, cuyas fases vamos conociendo puntualmente.

En este punto, la asociación con Quevedo es inmediata. Recordemos cómo el autor barroco ofrece en *La culta latiniparla* un repertorio de locuciones para hinchar la frase, a disposición de toda mujer que quiera aparentar «cultería» en la época. Con irónica precaución, añade al primer repertorio,

«Y por si dura la conversación mucho, suele acabase a algunas cultas la cultería, y tienen conversación remendada de lego y docto, y se quedan a buenos romances, como a buenas noches, se ha de valer del laberinto de las ocho palabras que nunca se acaban,

LAS OCHO PALABRAS SON ÉSTAS.

Si bien, así, de buen aire, descrédito, desaseada, cede, (...).

Después Quevedo nos propone un breve ejemplo de cómo formar párrafos vacuos pero retumbantes con ese inventario:

«Aunque ceda el descrédito, es galante la fineza, si aplaudida anhela; si bien emular es desaseo de poca razón; así más, no deja de ser galante por fino...» Y con volver a «lo cierto es», que es coyuntura de todos desatinos y sembrar la plática de «así es», irá la buena culterana salpicando de necesidades por dondequiera que hablara»¹².

¹² FRANCISCO DE QUEVEDO, *O. C.*, Prosa, vol. I, Madrid, Aguilar, 1948, pág. 424.

ILSE NOLTING-HAUFF, en *Visión, sátira y agudeza en los 'Sueños de Quevedo'*, Madrid, Gredos, págs. 199-208; se refiere a la sátira lingüística en el autor, a su aversión a los modismos populares, tema que le interesó durante toda su vida, desde la *Premática del año 1600*, pasando por *El Sueño de la Muerte*, hasta el *Cuento de cuentos* (1616) y el *Discurso de todos los diablos*. Apunta la autora una interesante sugerencia: la de que tal vez el «zurcido de modismos» que es el *Cuento de cuentos* se inspirase en la historia del pastor Lope Ruiz y la pastora Torralba que cuenta Sancho Panza en el *Quijote*. Por nuestra parte, podemos apuntar también la semejanza con el cap. xi del *Gargantúa*, de RABELAIS, «De l'adolescence de Gargantua», donde la narración de la infancia del gigante se compone por la suma de modismos: «Tousjours se vaultrait par les fanges, se mascaroyt le nez, se chauffouroit le visaige, acloyt ses souliers, baisloit souvent au mousches...».

Muy perspicaz y aplicable a Galdós nos parece el sentido último que Nolting-Hauff encuentra en la sátira de los modismos realizada por Quevedo: «Al mismo tiempo ataca la postura espiritual que se expresa en la costumbre de usar frases hechas: la pereza y la falta de voluntad (...) Pero la aversión de Quevedo no está sólo condicionada por lo racional. Tiene que haber ido acompañada de una sensibilidad casi alérgica contra la charla pretenciosa y vacía de contenido. Los ataques contra los necios en las primeras sátiras y contra los charlatanes en *El Sueño de la Muerte* y en la *Hora* dan testimonio elocuente de ello».

MICHELE GENDREAU-MASSALOUX, en «Réflexions sur l'utilisation quévedienne du lieu commun et sur sa portée subversive», en *La contestation de la société dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, Univ. Toulouse, 1981, págs. 141-153, pese a analizar casi en exclusiva *La hora de todos*, advierte la modernidad de Quevedo en su percepción crítica del lenguaje y de la necesidad del lugar común. Éste sería un tema obsesivo para el autor, desde una obra tan temprana como *Origen y definición de la necesidad*, fechada por Astrana Marín en 1598, hasta el *Cuento de cuentos*, escrito en 1626.

La estudiosa francesa subraya que los lugares comunes se convierten en verdadero arsenal y refugio para los incapaces y los engañadores, quienes se sirven de ellos según su conveniencia, adaptándolos de forma camaleónica a los diferentes intereses que alberguen en cada momento. El lugar común se convierte en vehículo de la inconsistencia del pensa-

Galdós, mediante su jocosos narrador, un cervantino cronista, etc., nos va a presentar también un disparatario de las fórmulas de las que se sirve el buen burgués contemporáneo, y en el que convergen latinajos, locuciones difundidas por la prensa y el parlamento, etc.:

«Llevaba el tal un centón en que apuntando iba todas las frases y modos de hablar que oía a don Francisco Torquemada (...). Por los papeles del licenciado sabemos que desde noviembre decía don Francisco a cada momento: *Así se escribe la historia, velis nolis, La ola revolucionaria y Seamos justos*. Estas formas retóricas, absolutamente corrientes, las afeaba un mes después con nuevas adquisiciones de frases y términos no depurados, como *reasumiendo, ínsulas, en el actual momento histórico y el maquiavelismo*, aplicando a cosas que nada tenían de maquiavélicas. Hacia fin de año (...); *No tengo inconveniente en declarar ..., Me atengo a la lógica de los hechos...*» (*Torquemada en el Purgatorio*, págs. 1450-51).

2) Más interesante aún resultará ver a don Francisco en acción, componiendo sus frases con las locuciones recién adquiridas. Nos encontramos aquí con el procedimiento que podemos llamar «Cuento de cuentos». En el opúsculo de Quevedo así titulado se nos muestra de forma práctica, y desenmascaradora, cómo es posible generar un texto mediante la simple combinación de lugares comunes. Los ejemplos que se pueden poner al respecto del ciclo de Torquemada son tan numerosos que podríamos pensar en un moderno y amplísimo «cuento de cuentos», una «summa» caricaturesca de todas las locuciones, extranjerismos, lugares comunes, solecismos, clichés de diversos ámbi-

miento y en máscara de la vaciedad. Cita también las conclusiones de G. GÜNTER, expuestas en *CHA*, julio-agosto 1980, págs. 21-39: «A la materia perecedera Quevedo contrapone la potencia regeneradora del espíritu (del ingenio, la gracia, etc.) que aporta al hombre la verdadera vida. El lenguaje (...) participa de los dos dominios. Es instrumento de necios y de filósofos, de ciegos y de poetas. Puede reducirse a cosa chirle e insustancial, mas también hacerse portador de valores espirituales. Puede fosilizarse en clisés, cosificarse hasta ser un mero objeto de canje, pero también es capaz de renacer y de transformarse en "palabra viva"».

C. C. GARCÍA VALDÉS, en su edición de *Sátiras lingüísticas y literarias*, de Quevedo, Madrid, Taurus, 1986, págs. 51 y 82, explica la actitud de Quevedo ante la lengua contemporánea, a nuestro juicio, enteramente compartida por Galdós: «Al consumado estilista que es Quevedo le repugna tanto el lenguaje descuidado, lleno de modismos y clichés vacíos de contenido, como el lenguaje afectado y el exagerado uso de cultismos. Sus ataques van a ir dirigidos, pues, en ambas direcciones (...) tanto en la sátira de la lengua culterana como en la de los modismos y refranes populares, lo que censura Quevedo es la estereotipación del lenguaje empleado, la falta de invención, la repetición mecánica de términos y fórmulas lingüísticas». En págs. 52-85, la autora rastrea a lo largo de toda la obra de Quevedo la censura de frases hechas y modismos coloquiales. Muchas de las fórmulas vituperadas son casi idénticas a las que, siglos después, seguirán ancladas en los usos lingüísticos de los contemporáneos que refleja Galdós.

La sensibilidad de Quevedo ante las «civilidades» es compartida por otros autores barrocos, quienes las reproducen con una mezcla de intención lúdica y satírica. Recordemos el pregón paródico contra los refranes en la parte III, crisis 2.^a, de *El Criticón*; la anónima «Loa curiosa y de artificio», reproducida en *Colección de Entremeses, Loas, Bailes, Jácaras y Mojigangas, tomo 1, vol. 2, ed. por COTARELO y MORI en Madrid, Bailly Bailliere, 1911, pág. 416*; el *Entremés de refranes*, en COTARELO, *op. cit.*, vol. 1, págs. 176-179; el *Entremés de las civilidades*, de QUIÑONES DE BENAVENTE, etc.

tos, a veces mal aplicados, redundancias, usos pedantescos, que ha venido azotando Galdós en obras anteriores.

Para terminar, nada mejor que oír estos espantosos progresos lingüísticos del voluntarioso Torquemada, que ha comprendido que en la sociedad contemporánea se triunfa mediante la palabrería:

«Es usted la *exageración personificada* (...). Y como yo *blasono* de ser *el justo medio personificado*, pongo todas las cosas en su lugar, y rebato sus argumentos por los que toca al actual momento histórico» (*Torquemada en el Purgatorio*, pág. 1451)¹³.

¹³ Vid. MATTHEW HODGART, *La sátira*, Madrid, Guadarrama, 1969, págs. 122-123. Como aclara el crítico, la parodia supone la reducción del estilo de un autor (y de cualquier particular, podemos añadir), que se sienta orgulloso de sus «hallazgos». El parodista reduce tal estilo a «un puñado de fórmulas retóricas y de tics verbales».

En el caso de Galdós, tanto la enumeración caótica de modismos en forma de «disparatario», como el procedimiento de mostrar textos formados sobre el «pie forzado» de dichos modismos, conducen a la misma reducción o desenmascaramiento de la vacuidad.

A propósito de Torquemada, cf. el artículo de H. B. HALL, «Torquemada: The Man and his Language» *Galdós Studies*, ed. J. E. Varey, London Tamesis Books, 1970, págs. 136-163. El autor analiza el aprendizaje lingüístico de Torquemada, las reflexiones del personaje sobre la lengua, su permeabilidad ante los modismos usados por los interlocutores, a los que tomará como maestros, hasta llegar a una expresión formada casi en exclusiva por tópicos, que inserta incluso en su vida familiar.

RICARDO GULLÓN, en *Psicologías del autor y lógicas del personaje*, Madrid, Taurus, 1979, págs. 78 y 128 especialmente, resalta el gran valor metalingüístico del ciclo de Torquemada, y la apasionante información que, desde la caricatura, nos ofrece Galdós sobre los usos lingüísticos de la burguesía contemporánea: «Instintivo, el deseo de articular su pensamiento en forma más “bella” apunta a un fin muy comprensible: hablar como quienes lo hacen correctamente para ser uno de ellos. Metalingüista sin saberlo, recoge las palabras, reflexiona sobre su sentido y las deja caer en el punto y hora convenientes (...) El discurso de gracias pronunciado en el banquete ofrecido por sus amigos, es un prodigio de equilibrio inestable, derroche de lugares comunes y de frases hechas que, precisamente por eso, no sólo es expresivo del discursante sino de una mentalidad que en él encontró portavoz tosco pero eficaz administrador. ¿No hablarían más o menos como él sus ilustres colegas del Senado y Consejos de Administración? (...) El motivo del lenguaje, fundido con el tema de la posición y ascenso social del protagonista, es un caso de operación metalingüística sostenida a lo largo de muchas páginas».

Tal vez el primer crítico que resaltó estos aspectos sea, sin embargo, *Clarín*. En *Galdós*, Madrid, Renacimiento, 1912, pág. 267, alertaba ya sobre «el inmenso trabajo de observación filológica, por decirlo así, que supone el estudio de las transformaciones del lenguaje y el estilo del insigne prestamista».

